

escrivá de balaguer héroe del espíritu

Por EMMA GODOY

ahora que el mundo ha consagrado a Pelé, a Marx, a Liz Taylor, a Fréud; hoy que las multitudes rinden —a éstos y a otros ídolos— descomunal dulcía, necesario ha de ser que la Santa Iglesia proponga a la veneración pública gigantescos héroes del espíritu llevándolos a los altares, para contrarrestar la materia y rectificar valores. Que el fulgor de los supremos elegidos del Señor bañe de claridad mental al siglo —cegado del *smog* de Satanás— y pueda el hombre moderno reencontrar el oriente en el ejemplo solar de santos que vivieron en su propio tiempo.

En la entraña de ese espíritu prócer del Padre Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, vino el Altísimo a depositar el germen del *Opus Dei*: Obra de Dios, obra del Todopoderoso, más que obra humana, y por eso hoy extiende su incendio en los cinco continentes. Monseñor Escrivá dio al germen divino carne y crecimiento, ofreciéndose en totalidad hasta consumir y consumir su existencia; pero la obra es del Señor. Por sus frutos lo sabemos. Sólo es más grande el hombre cuanto más disminuye para que obre Dios. Y Monseñor Escrivá de Balaguer supo siempre que la Obra no era suya.

Y no, no lo era: gracias a Dios era de Dios y por ello la institución lo ostenta en su título.

Conviene advertir que yo no pertenezco ni pienso pertenecer al *Opus Dei*. Carezco de los tamaños. Pero la admiración rebosa por encima de sus miembros obreros, se derrama en todas las latitudes, a veces hasta con signo negativo —que es otra forma de manifestar que merece la atención de todos— y, merced a ello, cuenta con la gracia de los vituperios y con el sacramento de la calumnia, para que se parezca más a Cristo.

Hasta quienes nos hallamos al margen del *Opus Dei* intuimos que Monseñor Escrivá tuvo que ser un iluminado, pues no con el menguado alcance del entendimiento humano, sino sólo a golpes de relámpagos celestes, pudo este sacerdote descubrir en medio de la noche del naufragio, medios tan sencillos y hacederos de salvación: perfeccionarnos en el sitio y papel que jugamos en la vida, santificarnos como seglares. Monseñor, con ese su mirar siempre a Dios “sin descanso y sin cansancio”, nos enseñó que solamente de allí puede crecer la chispa de amor que nos adhiere de corazón, incondicionalmente, a la Iglesia y al Papa. Sólo de la presencia constante de Dios viene el fervor por los sacramentos, por la meditación, por el silencio. Y desde allí corre el fuego del amor a torrentes por los hermanos todos; y por hacer de la casa familiar un templo, y un templo también de la oficina, del aula, de la fábrica o la calle. Será oración el trabajo, y la risa, y el quehacer del ama de casa entre los pucheros de la cocina, y las lágrimas, y el estudio, y el buen éxito, y el fracaso. La vida entera, una oración porque se puede vivir en el mundo SIN SER DEL MUNDO. Este es el mensaje de

salud que Dios nos envió por ese oráculo tan suyo que fue Monseñor Escrivá.

Cristo atrae todas las cosas hacia sí. Pero quiere que el hombre se vuelva un vehículo para acarrearlas hasta el Gólgota de la Redención. Y Escrivá de Balaguer, según confianza, se ofreció de borriquillo —dulce como el Platero de Juan Ramón— para que el Señor lo cargara y sobrecargara de cosas que llevaría por los caminos diarios hasta el Corazón lanceado de Jesucristo.

Mi deseo se une a los de muchos cristianos, para que Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer reciba pronto la beatificación, sea consagrado para los altares por la Santa Madre Iglesia, que él tanto amó y por la que tanto luchó para preservarla pura en sus verdades eternas. Así la Providencia Divina nos otorgará una estrella guía en el horizonte humano, un astro del siglo XX surgido en el seno de la Iglesia, la cual con ello se evidenciará una vez más como la única maestra que orienta porque sólo a Ella se le han dado las llaves de la Eternidad. Y todo redundará en la mayor gloria de Dios.